

El regreso del determinismo: la fatalidad tropical del subdesarrollo en América Latina

Eduardo Gudynas

Investigador en el *Centro Latinoamericano de Ecología Social (CLAES)*
<http://www.ambiental.net/claes>

Casilla de correo 13125
Montevideo 11700
Uruguay
[1]

Las explicaciones sobre pobreza y desigualdad del Banco Interamericano de Desarrollo (BID)

Los más recientes reportes anuales y estudios técnicos del *Banco Interamericano de Desarrollo* defienden un determinismo geográfico del desarrollo: los países más ricos en recursos naturales y más cercanos al ecuador están condenados a ser más atrasados y pobres. Los problemas actuales no se deben a las reformas estructurales o las acciones de los gobiernos, sino a las condiciones ambientales. Para remontar todos éstos el mejor remedio es el mercado y acentuar todavía más las reformas.

América Latina posee la peor distribución de la riqueza en el mundo. La distancia entre los ricos y los pobres es abismal, y mucho más alta que la registrada en los países industrializados o en otras regiones del Tercer Mundo. El continente posee el dudoso privilegio de tener personas muy ricas, incluso a escala planetaria, junto a indigencia en condiciones extremas. Si bien en algunos países, la proporción de pobres se ha estabilizado, el número absoluto no ha dejado de crecer.

El *Banco Interamericano de Desarrollo (BID)* ha analizado este problema y mantiene activas estrategias con el supuesto objetivo de resolverlo. El objetivo de este artículo es precisamente dar a conocer las recientes ideas del *BID* sobre las limitaciones al desarrollo en América Latina, especialmente a partir de sus reportes anuales para 1997 y 1998-99.

Sorpresivamente, el *BID* defiende un determinismo geográfico y ecológico, donde la inequidad se correspondería con la latitud y bajo una mayor riqueza ecológica, más se deterioran las opciones de desarrollo. Se asoma un fatalismo tropical, donde las naciones ecuatoriales parecen destinadas a la pobreza. Estas ideas han pasado casi desapercibidas, aunque merecerían detallados estudios, en especial por sus implicaciones sobre las políticas del banco, así como sus repercusiones en los gobiernos de la región.

La desigualdad geográfica

El *BID* en su reporte de 1998-99 afirma que la dotación de recursos naturales, especialmente los minerales y la disponibilidad de tierra para cultivos y ganados, está fuertemente asociada con la inequidad. La relación que defiende indica que a medida que aumenta la disponibilidad de esos recursos naturales, aumenta la desigualdad y la pobreza. La contracara de esta vinculación, y que el banco ejemplifica varias veces, se observa en países templados y fríos que poseen dotaciones reducidas en recursos, pero que han ganado en riqueza y equidad. A juicio del *BID*, cuanto más rico sea un país en recursos naturales, más lento será su desarrollo, y mayores sus desigualdades internas.

La explotación de los recursos naturales, sigue explicando el *BID*, genera una renta que va a unas pocas personas, se desenvuelve por prácticas que requieren empleo reducido y una mínima educación, lo que junto con el concurso de otros factores termina desencadenando la situación de pobreza y desigualdad actual. El banco defiende un determinismo geográfico, donde los países tropicales, más cercanos a la línea del Ecuador, al poseer comparativamente mayores dotaciones de recursos naturales, terminan degenerando hacia condiciones de pobreza.

La forma en que se distribuye la propiedad de los bienes productivos es tan importante para la distribución del ingreso como lo son los volúmenes de esos recursos. En este terreno, según el *BID*, América Latina está en desventaja ya que la propiedad sobre los recursos naturales y las oportunidades para la educación están muy concentradas. Entonces el crecimiento económico y las nuevas oportunidades económicas que se brindan no están equitativamente disponibles para todos los grupos de población. Muchos coincidirían con esa afirmación, y de hecho eso es parte del problema. Pero el razonamiento del *BID* da pasos en otro sentido.

América Latina tiene aproximadamente la misma cantidad relativa de capital físico que otras regiones del mundo, pero se diferencia a la vez por una mayor abundancia en recursos naturales y por menores indicadores en capital humano. Esos dos extremos se asociarían para explicar la gran concentración del ingreso. El *BID* realiza una serie de análisis, donde correlaciona los niveles de desigualdad (medidos por el *coeficiente de Gini*[2]), con la disponibilidad de recursos. Encuentra que la mayor correlación se da entre la latitud y la desigualdad, afirmando que "*Los países cercanos al Ecuador poseen sistemáticamente mayores inequidades en el ingreso, incluso después de tener en cuenta el hecho de que los países en los trópicos tienden a ser menos desarrollados que los países en otras regiones templadas. Esto es verdad a nivel global, y también en América Latina.*" El análisis del banco avanza todavía más: "*los países tropicales, especialmente cuando sus economías son intensivas en tierra y recursos minerales, tienden a ser más desiguales*", ya que éstos usan intensivamente la tierra, una mayor proporción del ingreso se acumula en ella, y tiende a convertirse en un bien con una propiedad más concentrada. Las tierras tropicales y sus cultivos ofrecerían la posibilidad de grandes economías de escala bajo condiciones climáticas más adversas y con menores innovaciones tecnológicas que en zonas templadas. El resultado ha sido, según el *BID*, una baja productividad relativa del trabajo en los trópicos, que ha deprimido los salarios fomentando empleos sin calificación. A todo esto, el banco agrega que los recursos naturales son *sumideros de capital* en tanto succionan capitales intensamente, haciéndolo todavía más escaso para otros fines (por ejemplo, la industrialización), y generando poco empleo.

Una vez establecido el marco general de las ideas del banco, pueden comenzarse a analizar los conceptos que lo fundamentan. Estas posiciones se presentan en los reportes anuales de 1997 y 1998-1999, que a su vez reproducen secciones de un artículo de Michael Gavin, investigador del banco, y Ricardo Hausman,

economista jefe del *BID* y uno de sus jerarcas más influyentes. También debe destacarse otro estudio, por Juan Londonio y Miguel Szekely, integrantes de la Oficina del Economista Jefe. Estos análisis a su vez deben mucho a Jeffrey Sachs y sus colaboradores del *Harvard Institute for International Development*.

La difícil vida en el Trópico

Una de las principales causas de las condicionantes negativas de los trópicos sobre la igualdad y el desarrollo se debería, a juicio del *BID*, a que la vida en esas áreas es complicada por las enfermedades, las pestes, los problemas con el clima y la calidad del agua. Estos factores han limitado la productividad del trabajo y en especial minan la eficiencia productiva de la agropecuaria [*BID*, 1998]. El banco afirma que *"el esfuerzo físico que un individuo puede hacer cuando está a merced de los trópicos es substancialmente menos que en un país con estaciones moderadas."* Este sorprendente análisis de las condiciones ambientales parecería indicar que los técnicos del *BID* creen que en las regiones templadas no existen también condiciones adversas, como el frío, las nevadas o una caída en la disponibilidad de recursos durante el invierno, por lo que podría cultivarse la tierra o criar ganado sin mayores problemas; de la misma manera, tampoco existirían importantes enfermedades o *pestes* en esos países (por ejemplo, las recurrentes epidemias de influenza que azotaban los países boreales no existen en el modelo del banco). Finalmente, cuando el banco sostiene que una persona en los trópicos hace esfuerzos físicos menores, si bien no lo dice, parecería aludir a que allí se trabaja menos.

El modelo del *BID* indica que el proceso de industrialización de América Latina fue defectuoso, contrastándolo con la exitosa marcha de los EE UU. La diferencia sería, según el banco, que los trabajadores rurales estadounidenses recibían sueldos que permitían una buena vida en el campo, de donde era necesario elevar a ese nivel los salarios industriales urbanos para atraer mano de obra. Bajo esas condiciones la industrialización tiene lugar con salarios altos y, supuestamente, eso fue lo que ocurrió en los EE UU. En cambio eso no sucedería en América Latina ya que en el trópico los trabajadores rurales reciben bajos salarios, de donde la industrialización tiene lugar en una oferta de salarios bajos. Esas fuentes de trabajo no son atractivas y los potenciales obreros deciden por quedarse en el campo.

Nuevamente este modelo lleva a la sorpresa, y parece olvidar los bajos niveles de vida de la población rural en EE UU y Europa continental durante buena parte del siglo XIX e inicios del XX, la expulsión masiva de inmigrantes desde Europa hacia América, así como las migraciones internas hacia las ciudades. Asimismo, en el caso Latinoamericano tampoco da cuenta de la expulsión rural por falta de trabajo, que nutrió los cinturones de pobreza de las urbes, donde esos recién llegados tampoco encuentran empleo. Esas personas no condicionan el ingreso a un empleo por el nivel salarial, tal como indica el banco, sino que están a la busca de cualquier trabajo.

El *BID* también considera que otras limitaciones se deben a los caracteres de los cultivos tropicales, como el algodón, el azúcar y el tabaco, los que se producen con eficiencia en plantaciones de gran escala, y que ello es menos verdad en cultivos templados como el trigo o el maíz. Por lo tanto esos cultivos refuerzan la concentración, mientras los cultivos templados la revertirían. Este tipo de afirmaciones igualmente parecen olvidar que no existe una condición agronómica o ecológica que obligue al maíz a ser cultivado por pequeños o grandes propietarios. De la misma manera, las condiciones ambientales no imponen contextos económicos, y son éstos los que determinan cuáles son las superficies más ventajosas para un propietario. La aproximación del *BID* insiste en que la concentración de la tierra tiene una condicionante ambiental, y donde únicamente se pueden cultivar especies que sólo pueden ser manejadas bajo grandes propiedades, *se facilita una extrema concentración de la propiedad de la tierra*. Es un fatalismo ambiental

que echa por tierra los determinantes históricos en campos económicos y políticos que determinaron ese patrón de propiedad.

Sumideros y volatilidad

En una línea argumental paralela el banco retoma las propuestas de algunos investigadores que postulan que algunas explotaciones minerales o agropecuarias requieren mucho capital físico pero poca mano de obra. En países con disponibilidad de capital reducida el derivarlo a esos sectores reduce su disponibilidad para utilizarlo en otros rubros. Por lo tanto se utilizaría el capital en actividades esencialmente ligadas a los recursos naturales y no en industrias manufactureras, aunque éstas últimas lograrían promover con más efectividad el crecimiento económico. Por lo tanto los sectores primarios de las economías se convierten en *sumideros* de capital que terminan succionándolo, pero arrojando beneficios comparativamente menores a los que podrían lograr otros sectores, como los manufactureros.

Finalmente el banco también relaciona las dotaciones de recursos naturales con la volatilidad macroeconómica. Los choques externos a los que ha estado expuesta América Latina tienen mucho que ver con la dependencia sobre *exportaciones de productos primarios volátiles*. Bajo este argumento las economías dependerían mucho de un puñado de recursos muy abundantes cuyo precio se mueve al vaivén de los mercados internacionales. En aquellas circunstancias en que esos precios caen, habrá consecuencias proporcionalmente mayores en los países tropicales, manteniendo o agravando éstos sus condiciones de inequidad.

Bajo esta hipótesis parecería defenderse la sorprendente idea de que en la crisis mexicana del tequila o del real brasileño no actuaron otro tipo de factores, como la acción de especuladores, los malos términos de intercambio de los recursos naturales que se exportan, o la gestión de los gobiernos: el factor determinante es el trópico.

Frías cooperaciones versus cálida esclavitud

El análisis del banco da otros pasos extendiendo la determinación geográfica para explicar también relaciones sociales y condiciones políticas. Por ejemplo, afirma que *"mientras que las tierras templadas históricamente han promovido establecimientos familiares e instituciones que buscan promover la cooperación, las grandes economías de escala y severas condiciones de trabajo típicas de las tierras tropicales han generado una agricultura de plantaciones y promovido la esclavitud"*. En el reporte del banco de 1998 incluso se insiste que esas *condiciones tropicales* promovieron *"relaciones verticales, jerarquías y divisiones de clases antes que los vínculos horizontales que construyen el capital social y contribuyen al desarrollo y la equidad"*.

El documento reconoce que si bien parte de la inequidad en el continente pudo haber sido heredada de su pasado colonial, ese pasado en sí mismo *"pudo haber sido determinado por su geografía y sus acervos de recursos"*. El banco considera que la esclavitud es la manifestación extrema de un mercado con baja competencia entre empleadores y gran poder sobre los empleados. A juicio de este análisis, la esclavitud fue *"un fenómeno que se desarrolló exclusivamente en los climas tropicales y subtropicales, siendo éstas partes del Nuevo Mundo donde la tecnología agrícola presumiblemente la hacía más provechosa"* [**BID**, 1998].

Estas afirmaciones del *BID* no sólo son sorprendentes sino que parecen olvidar la evidencia histórica. Tanto las *plantaciones*, como la esclavitud que brindaba la mano de obra que les permitía funcionar, no surgieron de las tierras tropicales de América Latina. Fueron impuestas en la colonización europea, y en especial por la promoción británica e ibérica de ese tipo de explotación. Es obvio que esos colonizadores no provenían de países tropicales, y muy por el contrario su cultura se desarrolló bajo fríos inviernos septentrionales. También se olvida la larga historia de la esclavitud, comenzando en Oriente Medio, y siguiendo por Grecia y Roma. Contrariando el modelo simplista del *BID*, en la colonización latinoamericana los traficantes ingleses tuvieron papeles destacados en el tráfico esclavista, así como sus imitadores portugueses, franceses y españoles, quienes no nacieron en países tropicales pero promovieron y defendieron la esclavitud y el sistema de grandes propiedades.

El análisis del *BID* no rechaza los factores históricos, pero se pregunta si esas políticas fueron accidentes de la historia o ellas en sí mismas resultan determinadas por las dotaciones de recursos naturales. Todavía más: esas políticas así como los aspectos institucionales que han sido indicados como causas de la mala distribución, tendrían sus raíces en las dotaciones de factores que encontraron los españoles y los portugueses, y no en lo que hicieron los colonizadores (primero) y los criollos imitadores de la intelectualidad europea (después).

Asimismo, las ideas del *BID* promueven una contracara con implicaciones muy serias, y que merecen ser consideradas. En efecto, mientras los males tenían lugar en los trópicos, los países templados aparecen con sociedades idílicas y horizontales que apuntaban al progreso y la igualdad. El determinismo geográfico de este modelo ingenuo presenta a las sociedades de los países industrializados del hemisferio norte como un modelo a imitar. Deberíamos entonces olvidar los hechos contrarios a esas aseveraciones y que tuvieron lugar en tierras templadas, como las guerras intestinas en los EE UU, las interminables guerras europeas o las diferentes revoluciones de caudillos y doctores en las pampas del Río de la Plata. En el mismo sentido, el *BID* sostiene que las sociedades de latitudes templadas y extremas promoverían la cooperación y los establecimientos familiares, y por lo tanto dejarían de ser relevantes los ejemplos históricos de latifundios patagónicos o la segregación contra los inuits y otros pueblos originarios de Canadá. Finalmente, habría que preguntarse si deberíamos desechar las experiencias de fuerte crecimiento endógeno en un país tropical, como la que vivió Paraguay durante un tramo del siglo XIX, y que fue aplastada tras la guerra encaminada por países templados (Argentina y Uruguay) y tropicales (Brasil), gracias a los buenos oficios de otro frío y brumoso (Inglaterra).

La excepción a la regla

Si existiera una regla determinista donde la geografía tropical condicionara las posibilidades de desarrollo, este mismo proceso se debería repetir en las regiones tropicales en los demás continentes. Asimismo, todos los países ubicados en las zonas templadas y frías, serían más desarrollados e igualitarios.

El *BID* ha realizado esas contrapruebas y concluye que existen *importantes excepciones*. Una de las excepciones se observa en los países del Sudeste de Asia, donde a pesar de que se ubican sobre el ecuador poseen bajos niveles de concentración en la propiedad de la tierra, pero según el banco ello no basta para poner en duda el modelo, y sería "*una de esas raras excepciones que en realidad prueban la regla*" [*BID*, 1998]. O sea que el modelo tropical del *BID* sería válido, a pesar de que la situación en todo un continente demuestra lo contrario.

Otra evidencia en contra son los países templados que cuentan con una alta dotación de recursos naturales, los usan intensivamente y no han degenerado hacia la desigualdad, como Australia o Nueva Zelanda. Finalmente, la situación de empobrecimiento y desigualdad en países templados a fríos (el estancamiento en Uruguay, y el agravamiento en Argentina y Chile), también contradicen el modelo. Ninguno de los dos casos es analizado adecuadamente en los estudios del *BID*.

Naturaleza abundante y personas perezosas

En el pasado, la alta dotación de recursos naturales y la pobreza latinoamericana se explicaban por un determinismo que era a la vez geográfico y social. Su dimensión social se basaba en considerar a los latinoamericanos como holgazanes y perezosos. La idea es que la alta disponibilidad de recursos en el trópico lleva a la pereza, ya que los alimentos eran fáciles de encontrar y no existían necesidades fuertes para viviendas o vestimentas elaboradas. Por el contrario, en las latitudes extremas, la rigurosidad climática y la escasez continuada o estacional de recursos obligaba a desarrollar el ingenio y la predisposición al trabajo. Los informes del *BID* no presentan explícitamente esta idea pero ella se insinúa en todo momento. Además, los estudios de J. Sachs, reiteradamente citados por el banco, enfocan ese punto recordando las tempranas expresiones de esas ideas en el siglo XVI; citan, por ejemplo, al francés Jean Bodin (1576) quien sostenía que "*los hombres de los suelos gordos y fértiles, son comunmente afeminados y cobardes*" mientras que los sitios áridos hacen a los hombres "*por necesidad y por consecuencia, cuidadosos, vigilantes e industriales*".

Esas ideas también eran frecuentes en América Latina entre los siglos XVI a XIX, tanto entre visitantes e inmigrantes europeos, así como entre muchos intelectuales criollos, quienes insistían en el desapego por el trabajo de los latinoamericanos, su falta de disciplina, y su tendencia a dejarse llevar por interminables fiestas. La implantación de los modelos de desarrollo europeo se asociaban por igual a modificaciones tecnológicas y productivas, como a transformar ese carácter, lo que se llamaba *civilizar* la cultura bárbara. Los diarios de viaje de Félix de Azara, Alcides d'Orbigny o Charles Darwin tienen múltiples pasajes sobre la supuesta pereza local. Existen abundantes ejemplos de intelectuales y políticos que lamentaban, en los siglos XVIII y XIX, la distancia que existía entre la enorme disponibilidad de recursos (tierras fértiles, agua) y el atraso del desarrollo de las nuevas naciones, responsabilizando a una supuesta cultura perezosa, propia de indios y criollos. La abundancia sería la causa de la haraganería. Por esa razón en distintos países se buscó la *civilización* del indio, y el reemplazo del criollo haragán por el inmigrante trabajador.

El fin de la historia

El determinismo geográfico negativo del *BID* anula, o reduce a su mínima expresión, los componentes sociales, políticos y culturales. Aparece como una superación de las posturas de la *Teoría de la Dependencia*, y ni siquiera se entretiene en rebatir ideas como las determinantes externas al desarrollo, los términos de intercambio desventajosos, el control extranjero del capital y los medios de producción o las intervenciones militares o políticas. En ese sentido la historia se desvanece, los hechos que sucedieron en el pasado pierden su significancia y dejan de ser relevantes para explicar las situaciones actuales.

Pobreza y reformas

Esta perspectiva de un determinismo geográfico tiene consecuencias perversas tanto en el análisis como el diseño de estrategias de acción. Ello se debe a que ese determinismo desemboca en un mecanicismo fatal que impide cualquier análisis crítico de las reformas económicas y políticas de los últimos años: América Latina sería pobre y desigual por sus condiciones ambientales, y no por los programas de reformas, o por las malas prácticas de personas o instituciones. Todos los aspectos negativos se deben a la geografía y no a esas reformas encaminadas por los gobiernos, y animadas por los bancos multilaterales o el *FMI*. Pero sorpresivamente allí donde pueden observarse mejoras, o al menos enlentecimientos en el deterioro, se deberían según el banco a esas reformas, y no a la geografía.

Las relaciones entre la distribución de la riqueza y las limitaciones geográficas se presentan en el estudio de los economistas del BID, [*Londonio y Szekely , 1997*], quienes admiten que la opinión negativa de las personas y las denuncias por la creciente desigualdad y la pobreza son confirmadas por los datos analizados por el banco. Pero rechazan la vinculación entre las reformas estructurales y ese deterioro, considerando que si no se hubieran hecho esas reformas la situación actual sería peor. En otras palabras, el sentido común funciona para corroborar que nuestra situación empeoró, pero la coincidencia con la implementación de estas reformas es solamente eso, una casualidad.

Las implicaciones políticas defendidas por [*Gavin y Hausmann , 1998*], y en esencia seguidas por el banco, son heterogéneas. Mientras insisten en continuar la liberalización del comercio, reconocen que ello se puede asociar con un aumento de los sectores primarios basados en recursos naturales, lo que los llevaría a una contradicción, ya que bajo su modelo de desarrollo esa estrategia incrementaría o mantendría la inequidad. Pero los analistas de BID consideran que las medidas proteccionistas que desencadenaran tendrían como saldo neto efectos negativos, indicando que los emprendimientos basados en recursos naturales no deberían recibir tratamientos tributarios beneficiosos, incentivos o subsidios (aunque es dudoso que el banco esté cumpliendo esta recomendación). Paralelamente se buscan acciones focalizadas y compensatorias de los problemas desencadenados por las reformas.

Reformas económicas y reformas culturales

Pero estas políticas están condicionadas a no interferir con los mercados, de hecho son subsidiarias y secundarias a ellas, y deben ser focalizadas. Su propósito es volcar a las personas al mercado, el que las obligaría a trabajar y las recompensará según sus capacidades. Nuevamente asoma la sombra del estigma del haraganismo tropical, de donde el mercado sería el acicate que obligaría a trabajar. En este caso las reformas del banco, en línea con otras corrientes de pensamiento, no son únicamente económicas, sino que deben atacar la esencia cultural latinoamericana.

Las reformas, tanto las de primera y segunda generación, a juicio del *BID*, no pueden restringirse al campo económico y por ello avanzan en el terreno cultural. Las actuales líneas de acción del banco promueven la desregulación de varios sectores económicos, la privatización de servicios públicos y nuevos vínculos con el mercado en los más diversos sectores (desde el manejo de recursos hídricos a centros de promoción de la sociedad civil, desde las asociaciones de consumidores a las estrategias en ciencia y tecnología) y por lo tanto son consistentes con este modelo. Pero el determinismo geográfico también lleva a un fatalismo, ya que no se pueden modificar las latitudes donde se encuentran nuestros países.

En esa contradicción se encuentran las mejores posibilidades para remontar este tipo de determinismo, ya que tanto en los trópicos como en las regiones templadas de América Latina todavía hay mucha gente que labra sus destinos, e imagina nuevos destinos, sin sentirse amenazada por la latitud en la que vive.

Referencias

BID (1997) **Latin America After a Decade of reforms. Economic and Social Progress in Latin America, 1997 Report.** (IADB, Washington)

BID (1998) **Facing Up to Inequality in Latin America. Economic and Social Progress in Latin America, 1998-1999 Report** (IADB, Washington)

Gavin, M. y Hausmann, R. (1998) **Nature, Development and Distribution in Latin America. Evidence on the Role of Geography, Climate and Natural Resources** (BID, Oficina del Economista Jefe, Documento de Trabajo 378)

Londonio, J.L. y Szekely M. (1997) **Distributional Surprises after a Decade of Reforms: Latin America in the Nineties** (BID, Oficina del Economista Jefe, Documento de Trabajo 352. Reproducido en Pensamiento Iberoamericano, América Latina después de las reformas, volumen extraordinario, 1998, pp 195-242)

Fecha de referencia: 28-6-2000

1: El presente artículo es parte de una revisión de las actividades del *BID* en el continente realizado para el Bank Information Center (EE UU). Lo aquí publicado es una versión resumida adaptada a su distribución por correo electrónico: si desea la versión más extensa no dude en contactar con *CLAES*. La presente versión puede ser reproducida total o parcialmente pero, por favor, notifíquese a *CLAES* para mantener un registro.

2: El **coeficiente de Gini** permite evaluar la desigualdad comparando la frecuencia percentual del indicador en estudio contra una distribución que fuese perfectamente igualitaria (por ejemplo: comparando las diferentes proporciones de renta que reciben grupos de personas contra una distribución ideal donde toda la renta disponible se divide equitativamente entre toda la población). El coeficiente varía de 0 a 100 (o su análogo), y cuanto mayor es su valor, más alta es la desigualdad.

Boletín CF+S > 13 -- Antes de la batalla: TRANSPORTE / Comercio / Trópicos / Ayuda Mutua >
<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n13/agudy.html>